

Teilhard de Chardin

Un camino de esperanza para el tercer milenio



ENRIQUE GÓMEZ SOLANO

*Licenciado en Filosofía Pura por la
Universidad Pontificia "Santo Tomás de Aquino" de Roma*

INTRODUCCIÓN

Desde los umbrales del pensamiento, en el hombre occidental se ha producido una crisis profunda entre los conocimientos científicos y las creencias religiosas. Esta crisis ha ido creciendo en los dos últimos siglos hasta la aparición de una especie de “inhumanismo” generalizado que esclaviza y desorienta a la cultura y a la sociedad occidental. La raíz última de este problema debe buscarse en la separación siempre creciente entre la visión científica y la visión religiosa del universo. Los protagonistas fundamentales de esta magna revolución fueron Galileo, Darwin, Freud y Marx.

A- Con Copérnico y Galileo el hombre descubre de repente su descolocación: la tierra ya no es el centro del universo. Es uno de tantos astros, pequeño y oscuro, dentro de una inmensidad cuajada de galaxias que la convierten en algo minúsculo y perdido.

B- Con Darwin el hombre descubre su descentramiento. Ya no es él el centro del universo, sino el eslabón, por ahora el último, de un proceso cuyas fases precedentes han durado incomprensiblemente más que toda la historia humana. Al mismo tiempo queda muy claro el parentesco y la estrecha conexión de la naturaleza humana con el resto de la realidad.

C- Con Freud y la Psicología Profunda se sugiere y proclama como cierto que lo más peculiar del ser humano, el yo consciente, es sólo una deriva de instintos inconscientes y reacciones fisiológicas que también se encuentran en los restantes animales.

D- Marx abandona la teoría a favor de la praxis y la contemplación del mundo por su transformación. A la antigua marcha de la humanidad que mira hacia arriba se opone ahora la dirección de un camino hacia adelante.

El resultado es claro: el hombre experimenta una dolorosa ruptura entre lo que conoce por la ciencia y lo que emana de su experiencia religiosa. Como consecuencia el hombre comienza a hacerse preguntas. ¿Cuál es el lugar concreto del hombre dentro del nuevo universo evolutivo? ¿Si el hombre procede de la evolución animal qué podemos decir de su naturaleza espiritual y de su condición de rey de la creación, de la que tanto nos habla el mensaje cristiano? ¿El Cristo de los Evangelios, situado en el horizonte del mundo mediterráneo, no parece ya demasiado pequeño para continuar siendo el centro de un universo cada vez más grande? ¿Cómo conciliar el sentido trascendente de la fe cristiana con nuestro deseo de progreso inmediato y de amor por las cosas de este mundo?

Hacia falta un “Pontifex”, alguien con el suficiente coraje y la iluminación necesaria para tender un puente robusto entre ambas orillas. Esta fue la vocación y el empeño de Teilhard de Chardin durante toda su vida: tender ese puente y demostrar que se puede ser hijo de la tierra y del cielo al mismo tiempo; que saber científico y experiencia religiosa no son dos realidades de orden y dirección inversa. Son convergentes y muestran una oculta coherencia; que entre el hombre moderno y la Iglesia, entre el humanismo y el cristianismo, entre los adoradores de Cristo y los del mundo puede establecerse un vínculo de cohesión y armonía.

A desarrollar este rico pensamiento dedicamos el presente artículo; pero antes y para comprender mejor el discurso, hablemos un poco del personaje, del método seguido en sus investigaciones y de las influencias que condicionaron sus ideas.

EL PERSONAJE

Pièrre Teilhard de Chardin nació el 1 de mayo de 1881 en Sarcenat (Francia), a siete kms de Clermont-Ferrand, un paraíso de ensueño para los geólogos por la cercanía de las montaña volcánicas de Auvergne. Fue el 4º de once hermanos. Su padre, un erudito hidalgo rural con aficiones científicas, aportó a su hijo su gran amor por la naturaleza. Su madre, sobrina nieta



de Voltaire, fue la dulzura y la humildad personificadas e introdujo a Pièrre en el inagotable misterio del amor a Cristo. En el seno de la familia aprendió Teilhard los valores de la vida y fue siempre hijo de una doble fidelidad heredada: su fe inquebrantable en Cristo y su gran amor por la ciencia: los dos polos de atracción de toda su vida.

A los 18 años, tras acabar el bachillerato con las mejores calificaciones, ingresó en el noviciado de los jesuitas en Aix-en-Provence. Con los jesuitas recibió la formación académica típica de la Compañía: tres años de filosofía en Jersey, periodo de prácticas en un colegio de El Cairo y cuatro años de teología en Hasting, que terminan con su ordenación sacerdotal el 24 de agosto de 1911. En todos estos lugares cultivó y creció siempre su pasión por la paleontología humana.

El joven sacerdote es destinado a París para profundizar en la Universidad en los estudios de Geología y Paleontología. Pero la guerra de 1914 interrumpe sus estudios y se presenta voluntario al frente como camillero en un regimiento de infantería marroquí. La guerra es para Teilhard un bautismo de fuego interior donde afloran con pasión y vehemencia las obsesiones de toda su vida: Vida y Muerte, Uno y Múltiple, Dios y Mundo.

Terminada la guerra, Teilhard retoma en París sus estudios universitarios y en 1920 lo vemos ya enseñando Geología en el Instituto Católico de París. Comienza a difundir, poco a poco, mediante conferencias y escritos para amigos, el fruto de sus reflexiones que suscitan violentas polémicas en el seno de la intelectualidad religiosa. Se le retira la cátedra en Geología del Instituto Católico. Sus superiores y el Santo Oficio, capitaneado por el cardenal español Merry del Val, opinan que, por el bien del propio Teilhard y el buen nombre de la Compañía, este debe dedicarse exclusivamente a la investigación científica y que su pensamiento filosófico y teológico lo guarde sólo para sí mismo.

El 10 de abril de 1923 Teilhard es apartado de todas sus funciones y destinado a China. Tiene cuarenta y dos años. En China transcurrirán 23 años más de su vida y el periodo de su camino errante y de subida al Gólgota por defender su pasión personal. Durante sus años en China publicó numerosos y diversos estudios científicos sobre Paleontología y Geología de Asia Central. Confirmó la edad geológica del "sinantropus", descubierto por Teilhard en 1929. Pero, al margen de su actividad científica, Teilhard continuó soñando con la unificación del pensamiento y durante su destierro en asia, redactó algunos ensayos para sus íntimos, que terminarán teniendo siempre una gran difusión.

A esta época de China corresponden dos de sus obras más famosas con reconocimiento internacional: “El Fenómeno Humano”, su obra básica del evolucionismo científico, con una visión unificada del desarrollo integral del cosmos; y “El Medio Divino”, una síntesis maravillosa de su experiencia espiritual en los últimos años. Ninguno de estos dos ensayos pudieron publicarse en vida del padre Teilhard.

A partir de 1946, después de la capitulación del Japón y el fin de la Segunda Guerra Mundial, Teilhard regresó a París donde multiplicó contactos y amistad con filósofos y científicos de todo el mundo. Le ofrecen una cátedra en el Colegio de Francia, pero sus superiores le niegan el permiso. Teilhard, siempre obediente a sus superiores, se dedica a dar conferencias, asistir a congresos por todo el mundo y, sobre todo, a escribir nuevos ensayos: “El porvenir del hombre”, “La visión del pasado”, “El grupo zoológico humano”, etc.

El 10 de abril de 1955, día de la Pascua Cristiana, en Nueva York y visitando a unos amigos, tras beber un trago de té, cayó fulminado “igual que un árbol cuando es abatido”. Sólo un reducido grupo de personas acompañó al gran sabio francés al cementerio. El padre Teilhard fue indudablemente, un autor maldito en vida. Peregrino permanente con su pensamiento, nunca tuvo la oportunidad de publicar sus obras y haber podido así estructurar y contrastar mejor sus apasionantes y originales ideas. Después de su muerte sus obras comenzaron a publicarse y el éxito fue rotundo y arrollador en todo el mundo. El gran acontecimiento del Concilio Vaticano II convocado por la Iglesia, a la que siempre amó y obedeció Teilhard, reconoció implícitamente la gran aportación de este sabio francés al pensamiento científico, filosófico y teológico. Teilhard sólo pretendió demostrar que no hay que renunciar a ser hombre para ser cristiano; que puede reconciliarse a Dios con el Mundo; que junto al “Dios hacia arriba”, se abre ante nosotros también un “Dios hacia adelante”; y que, en definitiva, el mundo se convierte en el único y gran sacramento para encontrarse con Dios.

EL MÉTODO

En principio, lo que parece que falta a la obra de Teilhard es un método. Motivado por la obsesión de VER, de verlo todo, Teilhard se aproxima a un intuitivo nato que retrasa muchas veces aclarar los diferentes planos de su visión del mundo. Así lo científico, lo filosófico y lo teológico dan la impresión de mezclarse confusamente en sus escritos. No obstante,

en la visión científica y teológica de su obra, queda muy clara y precisa la peculiar metodología que a cada una corresponde.

En su visión científica: La obra de Teilhard es una Fenomenología universal e histórica que pretende demostrar los puntos de unión que tienen todos los seres entre sí construyendo así una unidad coherente entre la totalidad de los elementos del Universo. El fenómeno del que habla Teilhard no tiene nada que ver con los datos subjetivos de la conciencia según Kant, Hegel, Husserl o Sartre. El fenómeno teilhardiano es la misma realidad objetiva y comprobable por la ciencia.

La Fenomenología de Teilhard se acerca más a la ciencia que a la filosofía, pero se diferencia en que las ciencias positivas se concentran en aspectos parciales y concretos de lo real mientras que Teilhard busca más el sentido del conjunto. La frase es ya clásica: “La esencia de mi actitud metódica es sólo el fenómeno, pero todo el fenómeno”. “No me considero ni un filósofo ni un teólogo, sino más bien un físico en el viejo sentido de los griegos”. Pero con una visión evolutiva y antropocéntrica, no estática y cosmocéntrica como la antigua. En definitiva se trata de una Fenomenología de la Historia donde el movimiento de lo real sólo se justifica desde el hombre y para el hombre.

En su visión teológica: La metodología de Teilhard se transforma en una Fenomenología del acontecimiento cristiano y dirigida a demostrar la vinculación existente entre los datos de la revelación y la actual visión científica del mundo.

INFLUENCIAS EN EL PENSAMIENTO DE TEILHARD DE CHARDIN

Al margen de la influencia familiar y la formación humana, intelectual y espiritual recibida en la Compañía de Jesús, los créditos fundamentales recibidos por Teilhard proceden por una parte de su especialidad, la Paleontología (Marceline Boule y Henry Breuil), y de otra, de sus lecturas y contactos personales con dos intelectuales básicos del pensamiento contemporáneo: Henry Bergson y Maurice Blondel:

A) La Paleontología descubre a Teilhard el sentido del tiempo y de la historia.

B) Henry Bergson: La lectura de la “Evolución creadora” (obra fundamental de Bergson) supuso para Teilhard la superación del “fixismo” tradicional y, al mismo tiempo, el descubrimiento de una evolución desarrollada a lo largo del tiempo y en dirección ascendente hacia el hombre.

C) Maurice Blondel: Su gran amistad con este filósofo descubrió a Teilhard la problemática de la “acción humana” y el incipiente concepto del Cristo cósmico.

D) Otras influencias menores: Los escritos y contactos del cardenal Newman, Sertilange, Eduard le Roy y el naturalista Julian Husley tuvieron también su influencia en Teilhard, aunque estos pensadores ya no cambiarían para nada el camino emprendido en la evolución de su pensamiento.

SÍNTESIS DEL PENSAMIENTO DE TEILHARD DE CHARDIN

1/ PENSAMIENTO CIENTÍFICO Y FILOSÓFICO

A/ La evolución y su sentido espiritual y convergente

Vamos ahora a centrarnos en el punto clave y fundamental de este trabajo: la deriva del pensamiento de Teilhard y su sentido espiritual y convergente. Teilhard acepta la teoría de la evolución como el único camino científico posible para VER y COMPRENDER hoy en día el Universo. Para Teilhard la evolución es integral. No se limita en exclusiva a explicar el desarrollo de los seres vivos. Integra en ella a todo el Universo: desde los estados iniciales de la materia hasta la aparición compleja y sublime del pensamiento humano. Para Teilhard el mundo en que vivimos no es un mundo hecho y ya terminado. Está haciéndose permanentemente en lo que él denomina un movimiento constante e ininterrumpido de Cosmogénesis. En el Universo en que vivimos el diseño de cada ser no es aislado y fortuito sino solidario y heredero de todo un pasado. Es una historia, y nunca comprenderemos este mundo sin integrarlo y situarlo en esa historia.

Este concepto de evolución es aceptado por la mayoría de los científicos y pensadores de hoy. Incluso la Iglesia lo acepta y lo contempla con buenos ojos. Pero Teilhard va más allá, y en ello consiste su originalidad cuando afirma categóricamente que la flecha de la evolución, su convergencia es la búsqueda cada vez más elaborada y compleja del espíritu: es decir, Teilhard intenta y consigue demostrar que, al final, el espíritu triunfa sobre la materia.

Teilhard afirma que la historia en la materia terrestre no es sólo la historia de un descenso, sino también la historia de un ascenso. Según las leyes físicas de la Termodinámica y, especialmente su segundo principio, la ENTROPÍA, la materia se va desintegrando lentamente hacia estados y

estructuras cada vez más probables, hasta que llegue a su aniquilación y extinción total. Esta sería la historia del descenso. Pero curiosamente, analizando y observando la VIDA se aprecia una ley de signo contrario: la VIDA es la construcción calculada y continuada de un edificio cada vez más improbable. Una ascensión decidida y constante desde el universo celular hasta la aparición de la conciencia humana. Pongamos entre paréntesis la línea conceptual de Teilhard durante unos momentos y examinemos, como en una película, la historia de esa ascensión analizando los datos suministrados por la ciencia:

- + En los orígenes y en los sustratos más recónditos y remotos del tiempo hallaremos una simplicidad todavía irresoluta e indefinible, que explotará bruscamente en un hormiguero de corpúsculos elementales positivos y negativos.
- + Después aparecerá la serie armónica de los elementos simples desde el hidrógeno al uranio.
- + Pasaremos después a la inmensa variedad de los cuerpos compuestos donde las masas moleculares tienden a elevarse hasta un cierto punto crítico por encima del cual aparecerá la vida.
- + La vida se presentará inicialmente microscópica e innumerable, como “rezumando” el estado molecular de donde procede.
- + En los movimientos de esta Vida y sus manifestaciones espontáneas podríamos configurar el Árbol Vital de todos los seres vivos. En estas fases muchos pedúnculos son difíciles de contemplar. Se ocultan en un tiempo demasiado remoto y, dada la debilidad de sus componentes orgánicos, es difícil encontrarlos en estado fósil.
- + Teilhard, en su análisis, se centra en las ramas del Árbol más cercanas, emparentadas con el hombre, y se detiene en la rama de los mamíferos, inmersos dentro del universo de los vertebrados.
- + Al ir ascendiendo en la escala animal contemplaremos ya los instintos todavía primarios, apenas latentes en los animales inferiores y ya más acusados en los superiores. Observemos por un instante la agilidad y libertad de movimientos y acción de un gato o un perro. Aquí parece que vemos ya algo más que un instinto. Vemos ya una progresión de instintos, una especie de listeza. El animal sabe, pero no puede saber que sabe. Es aun un estadio inferior de conciencia sin capacidad alguna de reflexión.
- + Hacia el final de la Era Terciaria le ha llegado el turno a los primates. Estos animales, con un desarrollo superior y mayor complicación

en su sistema nervioso central, tomarán la antorcha y se orientará la rama directriz de la evolución. Pero, según Teilhard “faltaría todavía un punto de incandescencia para acceder al Pensamiento”. Falta el punto necesario para la ebullición del agua.

- + En los albores del Cuaternario encontraremos ya dos grupos perfectamente configurados:
 - a/ de un lado los antropomorfos: caminan erguidos y su aspecto anatómico es ya humanoide. Pero pertenecen todavía al estado simiesco. Su capacidad craneal es pequeña y aún no han cruzado el Rubicón.
 - b/ de otro lado tenemos datos de la existencia de unos seres anatómicamente primitivos si los comparamos con el hombre actual. Su aspecto es todavía simiesco, pero su capacidad craneana es ya mayor y susceptible para el desarrollo del Pensamiento: son ya seres humanos que conocen el fuego y utilizan instrumentos de piedra.
- + La evolución irá borrando cada vez más los caracteres simiescos ennoblecendo su aspecto, su faz y su porte: después de los Pitecantropus, el hombre de Neandertal y los neandertaloides, finalmente, aparecerá el Homo Sapiens con los caracteres definidos del hombre actual. Esto es lo que Teilhard llama ANTROPOGÉNESIS.
- + Vendrá después la expansión generalizada, la aparición de las razas y el sobrecalentamiento de la masa pensante. Lo que Teilhard llama NOOGÉNESIS: las civilizaciones mayas, la polinésica, la china, la índica, la egipcia y la sumeria. Todas ellas se irán desvaneciendo material o moralmente como soporte genético de la futura humanidad. Sólo algunas persistirán para después concentrarse en el mediterráneo: Grecia, Roma y el Occidente Europeo.
- + Y finalmente un cambio profundo de edad. Hasta el siglo XVIII el progreso material dependía en exclusiva del fuego y del universo. A partir de entonces apareció la tierra moderna y comenzó a crecer el espíritu de nuestra época. Y se produjo un fenómeno paradójico: a más instrumentos y menos músculos apareció una mayor conciencia y se ralentizaron los cambios físicos.

Después de contemplar esta película, muy rápida y sintetizada, se evidencia el camino ascendente de la Vida, desde los umbrales iniciales de la materia hacia una mayor conciencia.

B/ La energía según Teilhard: El “exterior” y el “interior” de las cosas

Ante el paradigma del descenso y del ascenso, Teilhard, citando a Bergson, afirma que este universo no puede explicarse en exclusiva por la energía material, cuya ley fundamental es la Entropía y, en consecuencia, su destino final es la degradación, el descenso y la muerte. Se impone la existencia de otra energía y que su ley sea la autosuperación y el ascenso.

Teilhard introduce dos conceptos nuevos de energía que son claves para la interpretación de su pensamiento:

A- La energía tangencial: elabora los aspectos externos y mensurables de todos los seres. Es la energía que produce la solidaridad entre todos los elementos del mismo orden: los átomos entre sí, las moléculas entre sí, etc. Es la energía de llegada al principio de Entropía.

B- La energía radial: es la fuerza que arrastra los elementos hacia un estado cada vez más complejo y centrado hacia adelante. Es la energía que dirige realmente el proceso evolutivo de la materia arrastrándola hacia formas nuevas cada vez más complejas.

Estos dos aspectos de la materia, energía tangencial y energía radial, constituyen lo que Teilhard denomina EXTERIOR DE LAS COSAS: su apariencia física, e INTERIOR DE LAS COSAS: su comportamiento síquico.

De este modo la materia del universo presenta una estructura bifacial. El exterior alberga un interior: bajo la capa mecánica de la materia se esconde otra que Teilhard llama prebiológica. Es decir, la vida supone la previda guardada misteriosamente desde el principio de las virtualidades de la materia. Si hoy hay vida y conciencia en el mundo es porque ha sido antes preparada. Con estas afirmaciones Teilhard pretende salvar la continuidad y discontinuidad del proceso evolutivo, sin necesidad de acudir en cada momento, en cada salto a una intervención divina. Aunque Teilhard no la excluye en absoluto. Si el proceso no fuese así no tendría razón de ser la evolución y la vida humana no podría concebirse como la forma más alta de existencia de la materia.

C/ ley básica del proceso evolutivo

¿Cuál es la ley básica que determina e impulsa este proceso ascendente que dirige la evolución en su totalidad? Teilhard lo llama “LEY DE COMPLEJIDAD – CONCIENCIA”. Y la define de este modo: “El mundo evoluciona en el sentido de una creciente complejidad, a la que corresponde correlativamente un mayor nivel de interioridad y de conciencia”.

Esta ley ocupa en el orden de la vida el lugar que ocupa en el orden de la mecánica la Entropía. La primera es creadora y mira hacia arriba. La segunda es aritmética y mira hacia abajo. Y esto es de una evidencia irrefutable: del átomo a la molécula, de la molécula a la célula, de la célula al tejido vital y al organismo, de los organismos más simples y primitivos a los más complicados, la línea de la evolución se nos presenta en todas partes como un aumento sucesivo de complejidad en las estructuras de los seres. Al aumento de complejidad se une, en las etapas más altas del proceso evolutivo, una clara perfección del sistema nervioso y del organigrama cerebral, hasta llegar a un aumento claro de conciencia, desde las sensaciones más elementales hasta la aparición del pensamiento, la volición y la plena libertad del hombre. Usando la terminología de Teilhard la Biogénesis nos lleva a la Antropogénesis y la Biosfera culmina en la Noosfera.

Este camino de ascensión de la evolución duró en realidad millones de años con un coste de innumerables esfuerzos y fracasos. Es totalmente inútil pedirle a la ciencia una explicación exhaustiva de todos los detalles.

D/ Nuevo paso evolutivo: La humanidad como comunidad

En esa ascensión hacia la complejidad ¿cuál será el papel del hombre y hasta dónde llegará? La ciencia apenas puede responder a esta pregunta; sólo puede afirmar que el hombre es un animal como los demás. El gran filósofo y científico inglés Bertrand Russel llegó a decir “el hombre no es cósmicamente importante, ya que alguien que escribiese imparcialmente la historia del universo difícilmente lo mencionaría”. No obstante, en el análisis fenomenológico que Teilhard aplica a la realidad, afirma con claridad que la aparición del hombre es algo absolutamente novedoso y único. Con una alteración morfológica mínima se ha producido en él un salto gigante en todas las esferas de la vida. Por su “exterior” el hombre está ligado al mundo de la materia, pero por su “interior” pertenece al mundo del espíritu. Morfológicamente es hermano de los grandes antropoides, pero ontológicamente constituye algo único: el animal sabe, pero sólo el hombre “sabe que sabe” por la capacidad de su conciencia refleja.

La ley de “complejidad-conciencia” ha llevado a Teilhard a desentrañar el hilo de Ariadna, clasificando así el laberinto aparentemente anárquico de la evolución. Ese hilo es la aparición o el nacimiento del espíritu.

Pero sería un craso error concluir que, con la aparición del hombre, la evolución ha llegado al final, o a una especie de punto muerto. Para Teilhard, por coherencia con la historia del pasado, la evolución continúa,

y ahora camina hacia un nuevo “umbral crítico”: el paso del hombre individual al nacimiento de la Humanidad como comunidad. Son muchos los síntomas que anuncian la proximidad del nuevo punto crítico: toda nuestra historia anterior sería la fase de Expansión del hombre, lo que Teilhard llama Noosfera; a la fase de expansión le seguirá ahora la fase de Comprensión.

En esta fase la humanidad se apodera lentamente de nuestro planeta, el crecimiento de las masas humanas arrastra consigo un aumento de organización social, de podería técnico y de capacidad de visión; cada vez será más difícil al hombre ser, trabajar y pensar en solitario; en los campos de la cultura, la economía y la organización social el progreso evolutivo nos arrastrará inevitablemente al fenómeno de la Socialización.

Según Teilhard, esta próxima etapa evolutiva, que ya ha comenzado, se desarrollará en el transcurso de los próximos milenios, por coherencia con la experiencia del pasado, se distinguirá por tres propiedades fundamentales:

a/ Unificación: El mundo en que vivimos es un circuito cerrado. Si el hombre del futuro quiere sobrevivir en él deberá organizarse más como colectivo y desterrando las fronteras individuales en todas los proyectos políticos, económicos e intelectuales.

b/ Centración: Con una mejor organización externa aumentará la centración interna y en el hombre aumentarán la conciencia y la libertad.

c/ Espiritualización: Con la Unificación y la Centración aumentarán en el hombre sus ansias de saber, de descubrir y de crear. Lo reflexivo y lo pensado dominarán sobre los automatismos y el instinto. En una palabra: el hombre se espiritualizará más.

E/ Lo suprahumano

Los tres movimientos de Unificación, Centración y Espiritualización, amalgamados entre sí, orientarán la evolución del hombre hacia lo que Teilhard llama LO SUPRAHUMANO: un grado superior de maduración colectiva. Un auténtico superorganismo formado por una condensación de individuos en perfecta sintonía y armonía, como cada uno en nuestros cuerpos individuales formados por una armónica condensación celular. Teilhard sueña con una Nueva Tierra Futura a la que llama “El Espíritu de la Tierra”, donde millones de mentes individuales, sin renunciar ni perder su personalidad propia, forman un inmenso cuerpo de pensamiento a escala mundial.

Si esto no sucede así, en el movimiento constante e ininterrumpido de la evolución a través de millones de años se produciría una parada absurda e irracional. La evolución evidenciada en el pasado ahora dejaría de tener sentido.

Aceptado ese perfil de llegada (LO SUPRAHUMANO) Teilhard nos aclara que no se trata de ningún monstruo colectivo que aborte la persona individual a favor de un colectivo. Al contrario, la singularidad de cada uno crece elevándose al máximo nivel de maduración y plenitud. La unidad será exclusivamente interior, obtenida por vía de simpatía y amor.

Para un hombre de fe, como el padre Teilhard, el perfil colectivo de lo Suprahumano no puede ser otro que el cuerpo místico de Cristo.

Nuestra época actual, con respecto a la plenitud de lo Suprahumano, está situada en una fase de tendencia. El objetivo sólo se hará realidad cuando la Humanidad del futuro se abra paso por Amor a Alguien mayor que ella misma. Esta es la conexión teilhardiana con el Punto Omega.

F/ El problema de la acción humana

Llegados a este punto surge de inmediato un problema capital: el de la ACCIÓN HUMANA, ¿Cuál deberá ser la actuación del hombre para que la evolución alcance su futuro? Por analogía con el pasado la tendencia es clara; pero no podrá alcanzar su fin sin la libre colaboración del hombre. Al aparecer éste, con la novedad de la evolución ha dejado de ser pasiva para convertirse en activa. El hombre es libre y puede decir NO.

Teilhard nos da tres respuestas:

a/ La acción del hombre tiene que tener un sentido: No habrá colaboración con la evolución por parte del hombre si este no descubre que su actuar tiene un sentido y no conduce al fracaso. Sin estímulos los ciudadanos de mañana se declararían en huelga y dejarían de colaborar en algo que los conduce al fracaso. Donde no hay sentido no hay esperanza.

b/ El hombre encuentra el sentido de su acción en el convencimiento de que es inmortal: El hombre congelaría su acción ante la certeza de una muerte total. Y para Teilhard la muerte total no existe. En un universo de naturaleza evolutiva, la sola existencia del pensamiento garantiza el acceso a la inmortalidad. Descartes había dicho: “Cogito, ergo sum”. Teilhard afirma: “Pienso, luego soy inmortal”.

c/ La inmortalidad exige un Centro Transcendente y Divino: Sólo en la hipótesis de un centro divino personal se salva el sentido de ascensión

permanente de la evolución y el hombre colaborará con su acción. Teilhard lo prueba con tres argumentos. Primero: Si la evolución ha llegado a la aparición de una cada vez mayor conciencia, todo quedaría en un fracaso, en un descenso, si el hombre y la humanidad entera no fueran acogidos para siempre en una conciencia suprema. Segundo: ¿Cómo se justificaría racionalmente una dirección inversa a la Entropía, si no se acepta más allá del vértice evolutivo un Polo independiente y activo que arrastre hacia él la totalidad de la capa cósmica pensante? Tercero: El término ideal de la evolución terminará en una gran comunidad de conciencias, ¿sería esto posible sin la concurrencia del amor que ha sido el artífice, en parte, de la evolución mediante una fuerza de atracción (Teilhard la llama “Energía Amorizante”) que aglutine desde las partículas más elementales de la materia a las partículas humanas? Pero no será posible un auténtico amor si no se encuentra un corazón, un rostro, una Superconciencia. Teilhard llama a esta Superconciencia PUNTO OMEGA.

De este modo el problema de Dios se inserta en la evolución convirtiendo a ésta en una nueva vía para demostrar su existencia.

Concluiremos este punto sobre la ACCIÓN con un presupuesto importante: el hombre es libre, y esta libertad conlleva el rechazo. Podría repetirse la opción que la revelación cristiana nos coloca al principio del Génesis. Un hombre ensoberbecido por el poder de la ciencia y la tecnología, puede pretender colocarse en el lugar de Dios y cerrarse colectivamente con OMEGA. Pero Teilhard es optimista: apoyándose una vez más en toda la historia del pasado afirma con convicción que el nacimiento de la humanidad llevará consigo un nacimiento de Dios.

G/ Omega: Conciencia absoluta y persona soberana

Esta palabra hace referencia clara al Cristo del Apocalipsis con el que Teilhard lo identifica. Y lo define así: “Un polo último de conciencia, de naturaleza sobre-evolutiva, es decir, trascendente, en el que los elementos cósmicos, llegados al extremo último de su centración, por la unión con Él, escapan a la fatal regresión que amenaza (por estructura y Entropía) a toda construcción existente en la trama del espacio-tiempo”.

La propia definición explica con claridad las propiedades fundamentales de OMEGA:

a/ Deberá ser inmanente y trascendente: será el imán de la evolución sin ser arrastrado por ella.

b/ subsistente: existe en sí mismo. Si no existiera así dejaría de ser un foco de atracción.

c/ Estable y eterno: fuera del espacio y el tiempo como garantía de la inmortalidad que el hombre reclama por una evolución irreversible.

d/ Consciente y personal: en caso contrario no sería el centro de arrastre de una comunidad consciente y personal.

¿No son estos los atributos que aplicamos al ser que llamamos Dios?

Debemos descartar, no obstante, que Teilhard no habla de una concepción pretérita donde los individuos se disuelven en el todo, como una gota de agua en el mar. La unión por el amor diferencia y personaliza más. Por lo tanto la unión con Omega será una unión por amor. Perderse en Omega es reencontrarse. Esta unión con Omega será para Teilhard la única salida conveniente y razonable para el universo humano.

CONCLUSIÓN

El pensamiento del padre Teilhard resulta a todas luces muy sugestivo y apasionante. Con su visión finalista de la evolución nos ha trasladado a los mismos umbrales del misterio de Dios. Nos ha aproximado del plano del conocimiento al plano religioso que llamamos Fe. Unas palabras suyas resumen la intención fundamental de su trabajo: “ Si yo me he ido a China a buscar fósiles, es para poder hablar en París del Cristo, cada vez más grande”. Sus explicaciones sobre los engranajes de la materia, la vida y el pensamiento se agrandarán e impondrán más al espíritu del ser humano sólo a la luz de lo que la revelación nos dice de Cristo, como Alfa y Omega del Cosmos y de la Historia.

Para no alargar la exposición de este trabajo, no abordamos en el mismo el pensamiento teológico y místico de Pierre Teilhard de Chardin, su concepción de “Dios Creador”, “Dios Revelación” y “Dios Redención•”, así como sus sugestivas nomenclaturas de “Cristo Cósmico”, “Cristo Universal”, “Cristo Total”, etc. Lo abordaremos en una futura y próxima colaboración.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE TEILHARD DE CHARDIN

Obras de Teilhard publicadas en español por Taurus Ediciones:

El fenómeno humano.
La aparición del hombre.
La visión del pasado.
El medio divino.
El porvenir del hombre.
La energía humana.
La activación de la energía humana.
El grupo zoológico humano.
Cartas de viaje.
Nuevas cartas de viaje.
Génesis del pensamiento.
Ciencia y Cristo.
Cartas de Egipto.
Cartas de Hastings y de París.
El himno del Universo.

Algunos estudios sobre Teilhard publicados en español:

Introducción al pensamiento de T. de Chardin – C. Tremonstant – Taurus.
El pensamiento religioso de T. de Chardin – H. de Lubac – Taurus
Perfil humano de T. de Chardin – P. Leroy – Nova Terra.
Diálogo con T. de Chardin – P. Rabut – Estela
T. de Ch. y el problema de la evolución – B. Delfgaav – Lohlé.
Presencia de T. de Ch. – G. Magloire – Ediciones Betis.